

La teoría desarrollista

El economista norteamericano Walt Rostow (1916-2003) formuló una teoría del desarrollo que alentaba las esperanzas en un "despegue" de las economías del Tercer Mundo. Rostow consideraba que las sociedades podían evolucionar desde una etapa tradicional de subsistencia, donde la producción, fundamentalmente, estaba destinada al consumo y no al comercio, y no tenían desarrollo tecnológico, hasta una etapa de consumo en masa. A la primera etapa la identificó con la economía de los países subdesarrollados. Para que estos se pudieran desarrollar, primero debían crear infraestructura de transportes e incrementar la especialización del trabajo, a fin de poder "despegar" económicamente. Esta segunda etapa sería de transición. La tercera etapa, de despegue económico, implicaba mayor industrialización y mayores inversiones, aunque había regiones diferenciadas dentro del mismo país, en cuanto al crecimiento. En la cuarta etapa, de madurez, se diversificaba la economía con innovaciones tecnológicas y menor dependencia de importaciones. Finalmente, la última etapa sería la de consumo a gran escala, donde el sector servicios dominaría dentro de la economía.

El desarrollismo y la CEPAL

El proceso de industrialización de algunos países latinoamericanos se extendió en las décadas de 1950 y 1960, es decir, a partir de la guerra fueron treinta años de expansión, con breves períodos recesivos y con el aporte de capitales extranjeros, principalmente, estadounidenses.

En la posguerra, la industrialización fue sinónimo de desarrollo económico y se puso en boga la teoría desarrollista, que proponía superar el atraso de las economías latinoamericanas mediante el fomento y crecimiento de la industria, recurriendo a las inversiones extranjeras.

En 1949, las Naciones Unidas crearon la Comisión Económica para América Latina y el Caribe o CEPAL, con el objetivo de estudiar, mediante estadísticas y censos, la situación estructural y productiva del continente. Las investigaciones de la CEPAL indicaron las características peculiares del desarrollo latinoamericano, impulsado, hasta 1955, principalmente por las exportaciones demandadas durante la guerra y la posguerra europeas. Sin embargo, en la década de 1950 se produjo un estancamiento económico en la región, que los técnicos de la CEPAL atribuyeron al deterioro de los términos de intercambio entre países centrales y periféricos.

Se habla de deterioro en los términos del intercambio cuando un país comienza a cobrar menos por sus exportaciones y pagar más por sus importaciones. Por ejemplo, en 1935, Brasil necesitaba exportar 20 bolsas de café para importar un automóvil; hacia 1958, requería el equivalente a 200 bolsas de café.

La CEPAL adoptó una posición industrialista, y propuso un modelo de desarrollo planificado, con una activa intervención estatal (lo cual motivó la oposición de los partidarios del liberalismo), para superar el atraso agrario y crear un desarrollo industrial con crecimiento autónomo.

Tanto el presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek (1956-1961), como el argentino Arturo Frondizi (1958-1962), compartieron la postura desarrollista, y promovieron la radicación de industrias extranjeras en distintas ramas: automotriz, eléctrica y química, así como la firma de contratos con los poderosos trust petroleros.

Sin embargo, el proyecto de impulsar el "desarrollo de la industria nacional", recomendado por la CEPAL, se trans-

formó en una verdadera ilusión; ya que las economías latinoamericanas nunca lograron un mecanismo autónomo de acumulación de capitales: continuaron dependiendo de las divisas del sector exportador, requirieron importaciones de maquinaria, equipos e insumos, y sufrieron la escasez de capitales propios, por lo que quedaron supereditados al endeudamiento externo.

América Latina, pasada la breve euforia de la posguerra, volvió a su situación de deudora de los países centrales mediante los préstamos del FMI, y debido a las consecuencias del deterioro de los términos de intercambio, que significaron un déficit crónico en las balanzas de pago.

La presencia del capital estadounidense o imperialista no sólo había aumentado significativamente en las estadísticas, sino que era dueño y señor de las economías locales, a través de empresas subsidiarias, monopolios y sucursales de bancos.

La Teoría de la Dependencia versus el desarrollismo

Los economistas e intelectuales que formularon la Teoría de la Dependencia (entre ellos André Gunder Frank, Fernando Henrique Cardoso y Theotonio Dos Santos), afirmaban que no existía posibilidad de desarrollo de un capitalismo nacional autónomo, en las condiciones existentes. El atraso económico de América Latina se debía a su condición de dependencia de las grandes potencias, en especial de Estados Unidos. Esta subordinación se efectivizaba mediante la alianza de las burguesías nativas de los países dependientes, ligadas a los intereses imperialistas, que transferían a los países centrales, el excedente generado en los países periféricos. Es decir, que la causa del subdesarrollo estaría dada por ese sistema de relaciones de dominación: los países centrales explotaban a los países periféricos y los transformaban en "satélites". En esta situación de dependencia no se permitía el crecimiento, porque los países centrales se beneficiaban con la desigualdad: la metrópoli expropiaba el excedente económico de sus satélites y lo utilizaba para su propio desarrollo. Para los "dependentistas", el subdesarrollo latinoamericano era consecuencia del imperialismo, de la dominación y de la dependencia de los monopolios extranjeros.

Criticaban a la CEPAL y a la teoría desarrollista que este organismo propiciaba, ya que en las décadas de 1950 y 1960 se abrían las puertas a las inversiones extranjeras, con la ilusión de modernizar e impulsar el desarrollo, pero en lugar de obtener ese resultado, su saldo era el aumento de la deuda externa y la desnacionalización de la economía. En esas condiciones, en los países periféricos, el desarrollo resultaba incompatible con los intereses de los países dominantes: la industrialización era un privilegio de las metrópolis. El capital imperialista capturaba los mercados y se apoderaba de los sectores claves de la industria, como el petróleo, la química y el automotriz. Con las inversiones extranjeras la dependencia no se rompía, sino que se acentuaba con la dependencia de insumos, la dependencia tecnológica, de maquinaria o de nuevos capitales.

Según los teóricos de la dependencia, el subdesarrollo latinoamericano no era un "estado transitorio", como planteaban quienes hablaban de países en "vías de desarrollo", sino parte del sistema capitalista mundial. Aunque estos países se modernizaran y recibieran tecnología, como los ferrocarriles —símbolos del progreso en los siglos XIX y principios del XX—, esto sería al servicio de los intereses extranjeros. Por el contrario, el desarrollismo había permitido recibir con entusiasmo la inversión (y en cierta medida invasión) del capital extranjero.